

FUENTES

DOROTEO DE GAZA Y SUS “CONFERENCIAS ESPIRITUALES”¹⁹²

Doroteo de Gaza es contemporáneo de S. Benito y conocemos su vida a través del relato; biográfico de S. Dositeo, discípulo suyo. Leemos en esta obra:

“El bienaventurado abad Dositeo; habiendo por la gracia de Dios abrazado la vida solitaria, se retiró al monasterio del abad Seridos. Allí encontró a muchos otros ascetas, que vivían en el silencio, la contemplación y la paz. Entre ellos brillaban especialmente dos grandes ancianos, el venerable (Barsanufio) y su compañero de ascesis, el abad Juan, llamado el profeta, porque había recibido de Dios un don notable de discernimiento. Doroteo se entregó a ellos con toda confianza; se comunicaba con el gran anciano (Barsanufio) por medio del santo abad Seridos y fue considerado digno de servir al abad Juan el profeta”.

Estando, pues, el abad Doroteo en el monasterio del abad Seridos, donde llevaba con éxito el combate de la sumisión en Cristo, los dos grandes ancianos decidieron de común acuerdo que se construyera allí un hospital y que Doroteo se preocupara de él: en efecto, los hermanos sufrían mucho cuando estaban enfermos y no tenían a nadie que se preocupara de ellos. Doroteo realizó, pues, esta obra, con la ayuda de su hermano que contribuyó a los gastos de edificación. Este era un gran amigo de Cristo y de los hermanos. El abad Doroteo cuidaba personalmente a los enfermos. Otros hermanos temerosos de Dios lo secundaban, pero él se encargaba de toda la administración.

También sabemos algo de Doroteo a través de las cartas de Barsanufio y Juan el profeta. Alrededor de 90 cartas de la famosa colección son de Doroteo o van dirigidas a él.

Doroteo era de familia acomodada. Tenía propiedades que poco a poco vendió para ayudar a los pobres y a su propio monasterio. Su vasta cultura se revelaba en su biblioteca, que llevó al cenobio. Podía apasionarse de tal manera por la lectura que perdía sueño y apetito. Durante nueve años fue servidor de Juan el profeta. Después Seridos le encargó la portería, la hospedería y finalmente el hospital del monasterio. Este último encargo fue para él de mucho trabajo y desgaste, ya que no sólo era en el enfermero y administrador, sino también padre espiritual de los enfermos. Después de la muerte de sus directores espirituales, Juan y Barsanufio (540 D.C.) dejó el monasterio y construyó otro no muy lejos del anterior. Allí fue superior y compuso sus “Didascalíai”, sus “Conferencias espirituales”. Su muerte ocurrió entre los años 560 Y 580.

El manuscrito de su obra lleva el título de “Instrucciones dadas por el abad Doroteo a sus discípulos, después que hubo dejado el monasterio del abad Seridos y fundado con la ayuda de Dios su propio monasterio, después de la muerte del abad Juan el profeta y el último silencio de Barsanufio”. Este “último silencio” se refiere a la reclusión completa y definitiva del gran asceta. Dos semanas antes había muerto también el abad Seridos. Es posible que la situación de Doroteo en el seno de la comunidad se tornara difícil: el nuevo superior, llamado Eliano, era mucho más joven que Doroteo. Los austeros y rígidos monjes de Seridos no apreciaban mucho la espiritualidad templada y humana de Doroteo, a quien consideraban “relajado”.

¹⁹² Introducción: P. Mauro Matthei, osb. Damos en este número dos cartas de Doroteo. La traducción es del P. Néstor Andrés Valencia, osb.

Del monasterio de Doroteo no sabemos nada. En todo caso, ambos monasterios, el de Seridos y el de Doroteo, fueron destruidos por los árabes a principios del siglo VII. Tampoco se han conservado reliquias de Doroteo. Hoy día una colina arenosa en la famosa “franja de Gaza” indica el probable lugar del cenobio de Seridos, pero hasta ahora no se han hecho excavaciones.

CARTA DE DOROTEO A LOS KILIASTAS. ACERCA DE LAS VISITAS

Dicen los padres que permanecer en la celda es la primera mitad, y la otra ir a ver a los ancianos. Este dicho significa que tanto dentro como fuera de la celda, hay que observar la misma vigilancia, y saber por qué se observa la soledad y por qué se visita a los padres y hermanos. El monje debe tener a la vista este fin es decir preocuparse en hacer lo que dicen los padres.

Cuando está en la celda, el monje ora, medita, hace algún pequeño trabajo manual, y vigila sus pensamientos en cuanto puede. Cuando va donde los demás, reflexiona y se da cuenta de su estado; entonces ve si saliendo de la celda progresa o no al encontrarse con los hermanos, y si es capaz de regresar sin haber sufrido daño. Si lo sufre, se da cuenta que es débil y que no ha progresado en la soledad. Regresa humillado a la celda, llora, hace penitencia, invoca a Dios a causa de su debilidad y mantiene la vigilancia sobre sí mismo. Después cuando vuelve a los hombres ve si recae en las mismas faltas o en otras; y al volver se entrega nuevamente a la penitencia y a las lágrimas, pide a Dios por su estado. La celda levanta y los hombres prueban. Por eso los padres tienen razón en decir que permanecer en la celda es la mitad, e ir a ver a los ancianos la otra mitad.

Cuando salís los unos donde los otros debéis saber por qué dejáis la celda, y no salir jamás sin considerarlo antes, pues según los padres “el que camina sin destino pierde su trabajo”. Quien emprende una cosa, debe conocer absolutamente el fin y saber por qué la hace, ¿Cuál fin debemos tener nosotros cuando nos dirigimos donde los demás? Primero la caridad, porque se ha dicho: “ves a tu hermano, ves al Señor tu Dios”. En segundo lugar, oír las palabras de Dios. Porque es cierto que las palabras tienen mayor vida en las reuniones; a menudo lo que uno no sabe otro lo pregunta. En fin, el conocimiento del propio estado, como queda dicho.

Supongamos, por ejemplo, que uno vaya a comer con otros. Uno ve y comprende si es capaz de contenerse cuando hay un plato apetitoso o un excelente manjar, y no tomarlo; o si no pretende servirse más que su hermano, o servirse bastante. O si cuando el alimento se sirve por piezas, no toma la más grande para dejar la más pequeña al hermano. [Pues no falta quien no tenga vergüenza en rechazar la pequeña porción de su hermano, para ofrecerle la mayor]. ¿Que diferencia hay pues entre la porción más grande y la más pequeña? ¿Qué hay tan importante entre las dos para dejarse llevar a la rivalidad con un hermano por cosas tan fútiles? Es cuando se puede saber si uno se abstiene de comer demasiado.

Cuando uno se encuentra ante platos variados ¿no sucede con frecuencia que corre hasta la saciedad? [Observa entonces la “parresía”]. ¿Acaso no se molesta cuando ve que al hermano lo tratan y estiman mejor que a él? Y si se da cuenta que un hermano parlotea y se disipa en demasia con otro; ¿no le llama la atención?

¿No lo juzga? Es que no se mira más bien a los hermanos fervientes que se esfuerzan en hacer lo que se dice del Abad Antonio: el bien que veía en cada uno de los hermanos que visitaba, lo aceptaba y guardaba: de uno la dulzura, de otro el amor a la soledad; y se encontraba con que también tenía en sí las virtudes de cada uno. Esto es lo que debemos hacer y por eso nos visitamos los unos a los otros. De regreso a nuestras celdas, debemos examinarnos para darnos cuenta de lo que hemos aprovechado o de lo que hemos perdido. Y en aquello que vemos que hemos perseverado, demos gracias a Dios: porque es por su protección como hemos podido

salir adelante sin detrimento. Pero hagamos penitencia por nuestras faltas, derramemos lágrimas, deploramos nuestro estado.

Del propio estado es del que se recibe provecho o daño. Nadie nos puede hacer mal; si lo experimentamos, vuelvo a decirlo, se debe a nuestro estado. Y en caso de repetirlo; de todo sacamos bien o mal, si lo queremos.

Os voy a poner un ejemplo para que lo comprendáis. Un individuo se estaciona de noche en cualquier parte; no digo un monje; pero no importa, cualquier ciudadano. Tres hombres pasan por donde él está. Uno de ellos piensa así: “este espera a alguien para fornicar”; el segundo dice: “este es un ladrón”; el tercero: “este espera a que baje el amigo de una casa vecina para ir a orar, quién sabe dónde”. Así que los tres han visto al mismo individuo, en el mismo sitio, y no han pensado lo mismo del motivo: uno imagino esto; el otro lo otro; el tercero otra cosa; cada uno según su propio estado. Es como los cuerpos melancólicos y lánquidos que convierten en humores malos todo lo que absorben aunque sea un alimento sano. La culpa no es del alimento, como he dicho, es del cuerpo mismo que siendo de mala complexión obra necesariamente según su temperamento y altera los alimentos. Lo mismo, si el alma es enfermiza, todo le hace mal; aunque la cosa sea útil le resulta nociva.

Imaginad que se echa un poco de ajeno en una vasija de miel. ¿No corrompe toda la miel haciéndola amarga? Es lo que hacemos nosotros mismos: esparcimos un poco de nuestra amargura y destruimos el bien del prójimo mirándolo según nuestro estado y alterándolo de acuerdo con la mala disposición que hay en nosotros. Los que tienen buenos hábitos se parecen a un hombre de cuerpo sano. Si come algo nocivo lo transforma según su humor, en buen, y el alimento nocivo no le hace mal. Repito, el que tiene el cuerpo sano asimila el alimento según su temperamento. Entonces, así como lo decimos del cuerpo que por causa de la mala complexión transforma, el buen alimento en malos humores, también aquél conforme a su buena constitución convierte el alimento malo en buenos humores. He aquí un ejemplo que os lo hará comprender. El puerco tiene un cuerpo de muy buena complexión. Se alimenta con algarrobas, nueces, dátiles e inmundicias. Pero gracias a su buena complexión transforma este alimento en buen jugo. También nosotros si tenemos buenos hábitos y el alma en buen estado, podemos, lo repito, sacar provecho de todo aún de lo que no se puede. El libro de los Proverbios lo dice muy bien: “el que mira con dulzura alcanzará la misericordia” (*Pr 14,7*).

He oído contar de un hermano que cuando iba a visitar a otro, si encontraba su celda descuidada y en desorden decía para sí: “Cómo es de feliz este hermano, tan desprendido de las cosas terrenas, con el espíritu tan levantado, que ni ha tenido la preocupación de ordenar su celda”. Y si llegaba donde otro que tenía ordenada su celdas, limpia y arreglada decía: “La celda de este hermano es tan limpia como su alma”; “así es el estado de su alma como el de su celda”. Jamás decía a nadie: “este es desordenado”. O “este es frívolo”. Gracias a su excelente estado sacaba fruto de todo.

Que Dios en su bondad nos dé también a todos nosotros un buen estado para que podamos aprovechar de todo, y no pensar jamás mal del prójimo. Si nuestra malicia nos inspira sospechas o juicios, transformémoslos pronto en buenos pensamientos. Pues con la ayuda de Dios, no viendo el mal ajeno se comienza la bondad.

CARTA A LOS PREPÓSITOS DEL MONASTERIO Y A SUS DISCÍPULOS. CÓMO HAN DE DIRIGIR LOS PREPÓSITOS A SUS HERMANOS Y CÓMO ESTOS DEBEN SOMETERSE.

Si tú eres encargado cuida de tus hermanos con corazón severo y entrañas de misericordia y enséñales por medio de las palabras y las obras lo que es necesario practicar; pero principalmente por las obras, porque los ejemplos son más eficaces. Y si puedes sé su modelo

también en los trabajos corporales; si no en el buen estado del alma teniendo los frutos espirituales que enumera el Apóstol: la caridad, la alegría, la paz, la longanimidad, la afabilidad, la bondad (*Ga 5,22*). No te irrites en demasía por las faltas que suceden, sino sin turbarte, muestra el mal que hay; y si es necesario repróchalo, toma la actitud que convenga, y espera el momento oportuno. No mires las pequeñas faltas como juez riguroso; no reprendas continuamente porque esto resulta insoportable y la costumbre insensibiliza y engendra el desprecio. No mandes con imperio, sino somete humildemente el asunto al hermano: esta manera de obrar estimula, es más persuasiva y procura la paz al prójimo.

Si un hermano te resiste, y estás turbado, sella tu lengua para no decir nada con cólera en ese momento, y no dejes que tu corazón se excite contra él. Recuerda que él es un hermano tuyo, un miembro de Cristo e imagen de Dios, que está amenazado por el enemigo común. Ten piedad de él, no sea que el diablo, bajo el golpe de la cólera, lo lleve a la muerte; y que un alma por la que murió Cristo perezca a causa de nuestra negligencia. Recuerda que tú también estás sometido al juicio de la cólera. Que tu propia debilidad te haga compasivo con tu hermano. Da gracias por tener una ocasión de perdonar, para que tu alcances el perdón de Dios por tus faltas más grandes y numerosas. Porque se dijo: “Perdonad y se os perdonará” (*Lc 6,37*). ¿Temes perjudicar a tu hermano con tu paciencia? Pero el Apóstol manda vencer el mal con el bien (*Rm 12,21*), no el mal con el mal. Por su parte los Padres dicen: “si al reprochar a otro estás encolerizado, es tu pasión la que satisfaces”; ningún hombre sensato destruye su casa para edificar la del vecino.

Si perseveras turbado, haz violencia a tu corazón y ora con estas palabras: “Oh Dios bondadosísimo, que amas las almas, en tu inefable bondad nos sacaste de la nada para hacernos partícipes de tus bienes, y que por medio de la sangre de tu Hijo único nuestro Salvador nos llamaste a nosotros que estábamos apartados de tus mandamientos, asiste ahora nuestra debilidad e impón silencio a la turbación de nuestro corazón como lo hiciste con el mar embravecido. No te prives ni un instante de tus hijos llevados a la muerte por el pecado y no tengas que decirnos: ¿de qué sirvió que yo vertiera mi sangre y bajase a la muerte? (*Sal 29,10*). Y en verdad os digo que no os conozco, (*Mt 25,12*) porque nuestras lámparas se apagarían faltas de aceite” (*Mt 25,9*). Con el corazón apaciguado, con prudencia y humildad, podrás según el consejo del Apóstol: rogar, exhortar, y con compasión rectificar y cuidar de tu hermano como de un miembro enfermo. Y él por su parte recibirá con confianza tu corrección condenando él mismo su dureza. Con tu paz habrás pacificado tu corazón. Que nada te aleje de la santa doctrina de Cristo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (*Mt 11,29*). Es pues necesario ser diligente en mantenerse en estado de paz de manera que el corazón no se turbe aún por motivos justos a propósito de algún mandamiento con la convicción de que cumplimos todos los mandamientos teniendo a la vista la caridad y la pureza del corazón.

Obrando así con tu hermano escucharás la voz divina que te dice: “Si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca” (*Jr 15, 19*).

En cuanto a ti que estás sometido a la obediencia, no te fies jamás de tu corazón, porque las antiguas pasiones te enceguecen. Cuídate de seguir tu propio juicio en cualquier cosa que sea y no decidas nada sin pedir consejo. No imagines que tu juicio o tus pensamientos son más razonados y justos que los de tu director; no te erijas como censor de sus acciones, censor a menudo equivocado. Pues hay allí una astucia del Maligno que entorpece la sumisión que te llevará seguramente a la salvación. Descansa en esta sumisión y seguirás sin peligro ni error la ruta de los Padres. Hazte violencia en todo y reprime tu voluntad. Cuando por la gracia de Dios te hayas acostumbrado, lo harás sin esfuerzo ni pena. Entonces todas las cosas serán según tus deseos pues no querrás que todo sea según tu gusto sino según es, y así estarás en paz con todos. Al menos en aquellas cosas que no implican una violación de un mandamiento de Dios o de los Padres. Lucha por reprocharte en todo y mantiene firme el desinterés con la ciencia. Cree que todo lo que nos atañe, aún los más pequeños detalles dependen de la Providencia de Dios y recibirás sin turbación lo que te sobrevenga. Cree que los ultrajes y desprecios son el remedio del orgullo de tu alma y ora por los que te maltratan como por verdaderos médicos. Persuádetes

que el que odia la humillación odia la humildad, y el que huye de las personas irritadas huye de la dulzura. No procures conocer el mal de tu prójimo ni acojas las sospechas en su contra. Si nuestra malicia las hace nacer, esfuérate en convertirlas en un buen pensamiento. Da gracias por todo, y conserva la bondad y la caridad santa. Vigilemos nuestra conciencia en todas las cosas que se refieren a Dios y al prójimo, y también en las cosas materiales. Antes de decir o hacer algo examinemos primero si esto está conforme con la voluntad de Dios. Y después de haber obrado así, obremos y hablemos arrojando ante Dios nuestra impotencia. Y que su bondad nos acompañe en todo.